Servicio de voluntariado Weltwärts en Saraguro, Ecuador,
Organización enviadora: BeSo – Begegnung und Solidarität e.V.
Lugar de trabajo: Trabajo cultural y educativo, Inti Raymi, Saraguro

Relato de Emma Wagner, agosto/septiembre/octubre de 2026

El inicio de la aventura

5 de la mañana. Me dirijo al aeropuerto de Zúrich; después de una larga preparación, por fin tengo las maletas listas, y siento un cosquilleo en el estómago por la emoción y la ilusión. Apenas puedo creer que mi aventura en Ecuador realmente esté por comenzar. Pero aunque estoy muy emocionada por este año lleno de experiencias emocionantes, también siento un poco de nostalgia por dejar atrás a mis seres queridos y mi hogar familiar.





Al llegar al aeropuerto, me encuentro con Annalena, mi compañera de voluntariado de BeSo, y con muchos otros voluntarios de Austria que van a realizar su servicio de voluntariado en Cuenca.

Es una sensación surrealista estar sentada en el avión y dejar definitivamente Alemania por un año.

Desde Zúrich nos dirigimos a Madrid, donde nos reunimos con otros voluntarios. Entre ellos, Markus y Quentin, quienes van a vivir conmigo en Saraguro y con quienes me llevo de maravilla desde el primer momento. Desde Madrid, seguimos hacia Quito, donde Carmen, nuestra mentora de Cáritas Ecuador, nos recibe con un cálido abrazo y un besito en la mejilla, típico de aquí.

Los primeros días en Quito

Pasamos los primeros días en Ecuador con muchos otros voluntarios de Austria y con Carmen en un centro de seminarios. Fue muy valioso tener un espacio seguro para ir acostumbrándonos poco a poco a la nueva comida increíblemente deliciosa, pero sobre todo abundante, al nuevo idioma, a las costumbres y a la cultura. Desde el principio me sentí muy a gusto en este país extranjero, ya que la gente se mostró totalmente amable y cordial conmigo.



Junto con Carmen, abordamos varios temas relacionados con el servicio de voluntariado, resolvimos los últimos detalles organizativos y exploramos un poco el centro histórico de Quito. Por todas partes, a los costados de las calles, había pequeños puestos que vendían todo tipo de cosas y yo absorbía con curiosidad todas esas novedades. Tuve que superar tanto el jet lag que, aunque me despertaba a las cuatro de la mañana, me regalaba los amaneceres más hermosos, como un poco de mal de altura, pero lo logré sin problemas. ;)

Curso de idiomas en Cuenca



Después de nuestros maravillosos días en el seminario, seguimos hacia el sur, donde, durante el viaje de ocho horas a Cuenca, pudimos admirar el hermoso y, sobre todo, variado paisaje de Ecuador. Me fascinó lo rápido que un tipo de paisaje daba paso a otro y no podía apartar la vista de la ventana.

En Cuenca tuve la suerte de que la familia anfitriona de otra voluntaria me recibiera con mucho cariño y de poder hacer un curso de idiomas de una semana, lo que me dio aún más seguridad en mi español. Además, por las mañanas podía ayudar en la institución de los otros voluntarios, San José de Calasanz; por la tarde iba al curso de idiomas y después aún me quedaba tiempo para descubrir la hermosa ciudad de Cuenca. El fin de semana hice una excursión de un día a las Cajas, el parque nacional cercano a Cuenca, junto con otras dos voluntarias y la hermana anfitriona de una de ellas. Con cada paso que subía por la montaña, la vista se volvía más hermosa y me sentía fascinada por la maravillosa naturaleza de Ecuador.



En la cima de la montaña bailamos para entrar en calor, disfrutamos de la vista de las hermosas lagunas y, al bajar, nos recompensaron con un chocolate caliente.

En general, disfruté mucho mi tiempo en Cuenca, en que la ciudad se me quedó muy en el corazón y donde encontré mi primer hogar aquí en Ecuador. Sin embargo, también estaba ansiosa por descubrir por fin mi lugar de trabajo en Saraguro y comenzar mi vida allí.

Llegada a Saraguro

Mi nuevo hogar, la pequeña ciudad de Saraguro, se encuentra en los Andes del sur de Ecuador y cuenta con unos 10 000 habitantes en el área urbana. Sin embargo, en todo el cantón de Saraguro viven otras 20 000 personas, distribuidas en las distintas comunidades.

La población está compuesta por mestizos y personas de ascendencia indígena. La cultura y la tradición tienen una gran importancia y se manifiestan sobre todo en la vestimenta cotidiana, las fiestas y el idioma. Además del español, la lengua indígena «kichwa» forma parte de la vida cotidiana.



Y así comenzó todo. Carmen, mi mentora, me llevó hasta Saraguro, donde nos reunimos con mi familia anfitriona. Miwa, mi hermana antrifiona de trece años, me mostró de inmediato la casa que sería mi hogar durante el próximo año, el jardín, las gallinas, los perros y lo que más me llamó la atención: el hermoso taller de cerámica de su tío. Ya desde el primer día, Miwa me contó mucho sobre la vestimenta indígena y las numerosas fiestas de la cultura de Saraguro, y pude tener una primera impresión de cuán abiertamente la gente de aquí comparte sus conocimientos.

Mi papá anfitrión, Iván, es músico; compone música tradicional de Saraguro, que muchos días llena de vida la casa cuando cocina o sigue trabajando en la casa que recién se está construyendo. Ya tenemos nuestros propios chistes, de los que nos reímos juntos, y sus sabidurías forman parte de mi día a día tanto como el trabajo en la escuela.

La escuela «Inti Raymi», donde trabajo aquí, es asistida por unos 150 niños de entre 3 y 16 años. Tanto los maestros como la mayoría de los alumnos son indígenas de Saraguro y pertenecen al grupo étnico de los kichwa. Por eso, la cultura juega un papel importante en la vida escolar: se enseña kichwa, los alumnos y maestros visten la ropa tradicional indígena, y las fiestas culturales también forman parte de la rutina escolar.

Al día siguiente era el primer día de clases: un día lleno de nuevas experiencias. Los alumnos, desde los más pequeños hasta los más grandes, vestían casi exclusivamente la ropa tradicional de Saraguro, por lo que era casi imposible contar los hermosos sombreros con lunares blancos y negros. El aroma del vapor tradicional de hierbas me llegó a la nariz; nos sacudimos las energías negativas del cuerpo, y los distintos «mashis» (kichwa, amigo), como se llama aquí a los maestros, y también a nosotros, los voluntarios, nos bendijeron.

En general, viví un primer día de clases muy especial y lleno de vida con los niños. Durante los primeros dos meses, trabajo junto con Markus y dos «mashis» en la Preparatoria, una especie de mezcla entre jardín de niños y preescolar. Los aproximadamente 20 niños de tres a cinco años se ganaron rápidamente mi cariño.



Sin embargo, las primeras semanas en el centro fueron muy agotadoras, ya que primero tuve que encontrar mi lugar y acostumbrarme a la forma de trabajar, que es muy diferente a la de Alemania, y además el español me costó mucho.



Entre mis tareas en la escuela se encuentran, entre otras cosas, ir a buscar a los niños para la comida o las actividades en grupo, ponerles los zapatos y, sobre todo, cuidar a los niños que necesitan un poco más de atención en ese momento. Una vez al mes tenemos los «Campamentos», que son días en los que hacemos excursiones con los niños. Por ejemplo, fuimos de excursión a un río cercano, donde los niños pudieron jugar todo el día y cocinamos juntos sobre la fogata. ¡Fue increíblemente hermoso ver cómo los pequeños se animaban tanto en la naturaleza!

En octubre tuve mi mes de pintura, en el que pude terminar o retocar diversos murales en la escuela, y también empecé el mío propio. Una y otra vez se acercaban los niños, me preguntaban: «¿Qué estás haciendo, mashi?» y me hacían compañía un rato, lo cual siempre me alegraba mucho.

Ahora estoy empezando a ayudar también en las clases de inglés, lo cual me divierte muchísimo.



Tanto con la escuela como con la familia y la comunidad, el 21 de septiembre celebré la primera fiesta indígena «Kulla Raymi», la fiesta de la fertilidad y la siembra, en la que se agradece a la «Pacha Mama» (Madre Tierra). En un ritual se bendijo simbólicamente a la mujer y también a las semillas. Me impresionó toda la gratitud y el aprecio que aquí se le brinda a la naturaleza. Otra parte importante de la cultura es también el baile, a menudo con pasos cortos y marcados en círculo, al ritmo de alegre música tradicional con flautas, violines y tambores.Y, por supuesto, la comida también es parte de esto.

Cantidades enormes de comida que se comparten con todos y con las que podremos alimentarnos durante los próximos dos días. :)



También durante una minga (una jornada de trabajo comunitario de toda la comunidad) en octubre, pude conocer de cerca los valores culturales de la gente aquí en Saraguro.

El sábado a las 8 de la mañana, todos estaban listos con su ropa de trabajo y sus machetes para ponerse a trabajar juntos. Entre todos, y de buen humor, despejamos un parte de la antigua Panamericana y almorzamos juntos. Este espíritu de comunidad y el trabajo en equipo me gustan muchísimo.

Tiempo libre y viajes

Poco a poco, me he ido construyendo una nueva rutina. Todos los miércoles voy a jugar fútbol con unas cuantas mujeres y chicas de Saraguro. El resto del tiempo, suelo estar en el taller de cerámica, donde pinto tazas, platos, tazones y jarras de todo tipo con motivos típicos de Saraguro, y también practico y aprendo alfarería. Los jueves tengo programada la noche de cine con los otros voluntarios.





Además, me gusta escribir en mi diario, donde puedo registrar todas mis maravillosas experiencias y nuevas impresiones, y pinto muchísimo. Todas las noches cocino para mi familia anfitriona. Lo llamamos «trabajo en equipo». :)



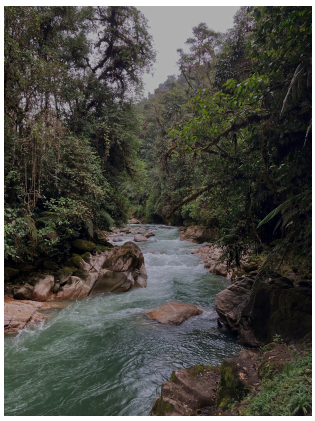
Muchos días, Markus y Quentin se pasan por aquí de improviso, y siempre pasamos una noche súper agradable con Iván y Miwa, llena de risas y pláticas interesantes.

Los fines de semana, a veces estoy en casa en Saraguro y otras veces viajo con Markus y Quentin.

Así voy explorando otras partes de Ecuador y, poco a poco, voy conociendo aún mejor este país increíblemente diverso.



Nuestro primer fin de semana de viaje lo pasamos en Loja, donde me cautivó sobre todo todo el arte que adorna las paredes de la ciudad.



También el fin de semana en Zamora, la primera ciudad de la selva ecuatoriana, es uno de mis momentos «tarro de mermelada». Al bajar del autobús, nos recibió el clima tropical y exploramos juntos la selva, cuya diversidad de plantas y animales realmente me dejó boquiabierta.



En Cuenca me esperan un montón de actividades, que son un cambio agradable respecto a la vida más tranquila de Saraguro. Aquí me encuentro con muchos otros voluntarios que también han viajado a Cuenca para pasar el fin de semana largo o que viven ahí. La ciudad rebosa vida; por todos lados hay mercados de artesanías y mucha música.

Con Sophia en el taxi

Sin embargo, después de todo este bullicio, también tengo muchas ganas de volver a Saraguro, que ya se ha convertido en mi segundo hogar, al otro lado del mundo. Aunque al principio todo era nuevo, emocionante y un poco abrumador, ya me he acostumbrado al idioma, la cultura y el estilo de vida. Aunque hay momentos en los que extraño a mis amigos y a mi familia, siempre me doy cuenta de lo feliz que soy aquí y de lo agradecida que estoy por poder vivir todo esto. ¡Tengo muchísimas ganas de ver qué me depararán los próximos 10 meses! :)